

De  
CONDENADOS,  
DEMONIOS Y  
QARQARIAS

JOSÉ CARLOS VILCAPOMA

**Argos**<sup>®</sup>  
editorial



*Angelescunatam arcángelescunatam  
Cherubines serafincunatam  
Ccabuaccni iquipaccburapurccaiqui  
ingrato rima.*

(A los ángeles, a los arcángeles.  
A los querubines,  
Hasta ellos hay que acudir,  
Hombres ingratos.)

*Imanasecallatace Infierno huasita  
Ucupachata sinchiñacariita,  
Munailaiquibuan rítamunanqui  
huiñabuiñaipacc.*

(¿Cómo ha de ser la casa del Infierno?  
En el mundo de abajo, sentirás.  
Porque quieres te irás allí,  
Con gran carga de pesar.)

*(Canto en quechua de la parroquia de Lampu, Parímacochas, 1930)*



Dios, rodeado de su corte celestial, ubicado en los espacios siderales, creó otros entes que cumplieran órdenes en otras latitudes, principalmente en el mundo terrenal. Eran los ángeles, espíritus celestes, mensajeros entre Dios y los hombres, debidamente jerarquizados.

Estos intermediarios, privilegio de las religiones monoteístas como el judaísmo, el islam y el cristianismo, parten de un cosmos tripartito, integrado por el Cielo, la Tierra y el Infierno (Macallan, 2007: 8). Por consiguiente, el Cielo es el ámbito de los ángeles, mientras que el Infierno es el espacio opuesto de absoluto distanciamiento de Dios (Antiguo Testamento); allí se encuentra el ente maligno. Pero ambos pueden hacerse presentes y actuar en el nivel central, en la tierra, cerca de los hombres, en permanente lucha.

De los varios ángeles que debían desempeñar una misión entre los hombres, uno se negó a cumplir la orden divina. La soberbia, producto de su belleza y su fuerza, lo hizo pecar y aspiró al máximo poder. Este ángel se llamaba Satán (*Adversario*, en hebreo). Dios lo castigó sin miramientos. Había osado convertirse en Estrella de la Mañana y en Portador de la Luz, de allí su otro nombre: *Lucifer*. Con el tiempo tentaba a los hombres otorgándole el gozo mundano, es decir, el del mundo.

Sin embargo, *Lucifer* no es la denominación habitual para Satán, quizás porque no es usual referirse a ese tipo de fuerzas peligrosas. Es así que comúnmente se habla del *Diablo*, que en su etimología griega significa «El que divide». El Demonio, del griego *daimon*, mal espíritu, se sumaba a las otras denominaciones, era el ángel caído con poder sobrenatural, ente superior de la maldad. Así adquiría diversos significados, tanto en la exégesis judía como cristiana. Según los teólogos, cometió el pecado de la envidia y, según otros, el de la soberbia, por lo que fue expulsado de la presencia de Dios por toda la eternidad y privado de la gracia e inteligencia que como ángel poseía.

En el Medievo se convirtió en la principal entidad opositora de los designios sagrados. Tanto en el imaginario popular como en el eclesiástico, su figura era representada siguiendo los patrones de figura humana, aunque de comportamientos aberrantes, con cuernos, asociados a animales básicamente del mundo de abajo, con partes de sierpes o dragones, íncubos y súcubos, de inexplicable poder económico. Era el opositor a Dios, sin el don de la profecía ni de los milagros, condenado al averno entre las tinieblas perpetuas: «Reservado en eterna prisión, en el fondo de las tinieblas, para el juicio del gran día, a los ángeles que no conservaron su dignidad sino que perdieron su propia mansión» (San Judas, versículo 6).

Como oposición del mundo de arriba surge el Infierno, lugar destinado para los malos, lugar a donde van quienes están en contra del bien, para sufrir a perpetuidad; lugar corroborado por muchos santos, quienes señalaban que tal lugar era la morada de tanto número de demonios y de infelices condenados (Del Olmo, 1681: 32).

El Demonio es su principal morador, del que sale para infundir el pecado entre los humanos. Tiene poder absoluto. Empero su poder no se queda en él, hay necesidad que se propague por todos lados, para ello utiliza a la gente, utiliza las prácticas mágicas como la brujería, conjunto de ritos de quienes creen tener pactos con el Diablo o con espíritus malignos. Ahora es explicable lo que las autoridades decían que las brujas eran cierto género de gente perdida y endiablada que ofrecían sus cuerpos y almas al Demonio a cambio de que les otorgue una vida libertina y viciosa, siendo ordinarias por su ligereza, la lujuria y el espíritu vengativo. Era la ordinaria relación entre Satanás y los seres humanos. Para ello, el rito sacrificial requería de otros hombres, animales o ánimas, fuerzas misteriosas de formas variables.

Como una forma institucional para enfrentar estos peligros en la fe, se organizó la Inquisición, institución que enfrentó la herejía